

Waldo Rojas

Separata N°12

WALDO ROJAS

"La paz que no encabrita el alma, mata".

"...Mi poesía es un crecimiento, cada poema es un grado y un crecimiento que sólo tiene sentido como total". Estas palabras eran dichas a un diario de Santiago a finales de la década del 60; palabras que, en algún sentido, expresan el proyecto poético que Waldo Rojas emprendió con su primera publicación "Agua Removida" (1964). Dentro del panorama de la Literatura Nacional, Waldo Rojas, merecidamente, es considerado como el poeta más promisorio de los años 60.

Waldo Rojas, actualmente exiliado en Europa, sigue escribiendo y participando activamente en la divulgación de la poesía chilena y latinoamericana, siendo acogido, para prestigio de las letras chilenas, como un poeta de primera línea en la poesía hispanoamericana. Revistas, diarios, universidades, reconocen en este poeta la potencia y profundidad de la poesía nacional, lo que, afortunadamente, permite afirmar que no ha habido ruptura en la poesía chilena después del cruento golpe militar del año 1973. Waldo Rojas, al igual que otros destacados poetas de la generación del 60, superando barreras y escollos de diversa índole, logró empecinadamente seguir recreando su poesía; esto se hace manifiesto en una serie de ensayos y libros de poemas que edita en el extranjero.

En el año 1967, en el departamento de extensión cultural de la Universidad de Chile, Waldo Rojas, leyó un escrito en el que se autodefine: poeta de la Emergencia. Pero, en lo concreto, refiriéndose a la generación del 60, cuyos poetas coinciden en la edad, en las influencias que han recibido de poetas chilenos (Mistral, Neruda, Parra), en los experimentos literarios de EE.UU. y Europa; y, por último, en la publicación de textos poéticos. La teoría acerca de los poetas de la poesía emergente que postula Waldo Rojas se sintetiza en las siguientes palabras pronunciadas por él: "cabe decir que en el momento, además de contener implícitamente el rechazo de la idea de Generación y sus connotaciones de pugna, enfrentamiento y voluntad de reemplazo o relevo generacional, esta formulación pretendía señalar una nueva actitud ante la tradición cultural chilena, particularmente en poesía". De esta manera, se provoca, en el ambiente literario de la época una controvertida polémica; pues se afirma que la poesía chilena en sus aspectos sustanciales ya no requiere de la trans migración de semillas de territorios literarios foráneos:

La Poesía ESTA preparada para recrearse por sí misma, entonces, la generación de poetas del 60, EMERGE de esta tradición poética y literaria.

Las fuentes que permitieron generar una tradición poética en Chile, casi inédita en América Latina (a excepción de Nicaragua), surgieron de una heroica y tenaz aventura que emprendieron poetas de diferentes generaciones. Unos, fueron a descubrir sus raíces primordiales al Oriente; otros viajaron a EE.UU. y Europa; y también, al interior de América Latina. Sin embargo, ambas generaciones de poetas, de acuerdo a sus respectivas experiencias poéticas, fecundaron este riquísimo árbol cultural que es la poesía chilena. Waldo Rojas, nacido en el año 1943, oriundo de la provincia de Concepción es, en gran medida, un recreador de la tradición poética chilena.

II

Para Waldo Rojas la poesía se hace a sí misma, se compone a sí misma, se asimila a sí misma, al margen de cualquier implicancia u contingencia directa o indirecta que demanden otros contextos culturales, ya sean filosóficos, ideológicos, estéticos. Lo significativo es que cada poema es una experiencia creadora única irreplicable que realiza el poeta a través del ejercicio constante del lenguaje en la búsqueda de fijar en una imagen verbal los instantes destellantes de la existencia humana. Qué es lo más gravitante en la vida de los hombres. No es acaso para el poeta, el paso irremediable del tiempo en el espacio de las cosas. Puede ser, por ejemplo, una puerta entornada entre la luz y la sombra; o un estallido de luz que asoma por una ventana en penumbras. El tiempo conflictuado en el corazón del poeta, que se siente como un viejo reloj de cuerda:

Esto es,
la estabilidad vacilante del poder del tiempo mantenido
a raya,
un entreaguas pulsante
entre el dedo exterior de los sentidos y su escritura
en la tabla rasa.

El poema es un mundo propio, sostenido por su propio eco, por su propio eje, en una atmósfera que conlleva sus propias leyes internas que, en última instancia, puede ser tan real como una manzana amarilla tirada en el suelo. El trazo del tiempo en la mano de Waldo Rojas, sobre un espejo de aguas mudas, en donde la ilusión enmascara el vacío de las cosas; el tiempo parece ser una inconmensurable caja de resonancia golpeando sobre todas las cosas, pero, el tiempo mismo, permanece siempre idéntico: "lo que el tiempo mide —nos dice el poeta— lo ignoran estas sombras". Y si miramos el tiempo en lontananza, fijos los ojos en una carretera imaginaria, tal vez, por un instante, seamos el tiempo mirándose a sí mismo.

Tras los brillantes conos de los focos eléctricos
sigue el automóvil por el surco que ellos trazan.

El tiempo nos duele a todos los hombres, porque es una herida constante. El poeta, por la gracia de las divinidades, es capaz de exorcizar a este "Prometeo encadenado".

El pulgar de César ya no desata lo inminente
en tanto que los leones de Piedra Municipales
se están descascarando de indiferencia
corazones y alfabeto.

A pesar del fuego que el poeta logra entregarle a los hombres —sus huesos, por lo general, son el alimento de esa llama— nada le nace del ALMA sino es una experiencia vivida; una llaga que aparentemente cicatriza:

Doble crueldad no poder rescatar tu rostro
ahora que quizás tu también lo hayas perdido en
tu recuerdo.



Experiencias de vida que le dan vida a otra vida: EL POEMA. La construcción de la estructura, el movimiento de las palabras, la palpitación de las imágenes, de acuerdo a una relación de interdependencia entre estos elementos, le permiten al poema manifestar su ser interior y epidérmico que se carga de significación según el lugar desde el cual se le contemple. El poema no es la proyección sentimental del poeta; es, ni más ni menos, un sentimiento que sólo existe en el poema. Afirmaría que el poeta no interviene por sus vivencias o sentimientos en tal o cual emoción o idea que voluntariamente quisiera encarnar, sino que, por el contrario, son sus mismas experiencias vitales que subyacen en regiones incontrolables al deseo de la voluntad, las que producen otra forma de realidad. Una vez que el poema hubo salido de las "entrañas" del poeta, distanciándose del gestor de su ser, adquiere vida propia, enfrentándose, como cualquier ente vital, a la digestión del tiempo. El tiempo, al embestir a este ser viviente —en una lucha implacable— se desgarrar. Deja, entonces, algo de sí en el objeto poético: su resplandor.

**El sol sí que se pone en nuestros dominios
enmarcados por muros desiguales:
lo que hay de cierto en esta luz es ella misma.**

En la poesía de Waldo Rojas, particularmente de CIELO-RRASO (1971), no es la anécdota, el personaje, el objeto, el desencadenante de un sentimiento determinado en el poema, sino, más bien, es la interrelación emotiva y racional que se da entre el receptor y el texto. Esta relación combina a dos espíritus —entrelazándolos— atraídos por un deseo de reproducir un sentimiento que sólo tiene vida en un estricto plano existencial, es lo que denominamos, experiencia poética. Se requiere del receptor, indudablemente, una interpretación activa del texto, apelando, a toda su sensibilidad y agudeza intelectual. Es como si quisiéramos oír en nuestro ser, en nuestros oídos interiores, la melodía de un texto musical que dispone de un instrumental —las palabras— que sólo abarcaríamos en toda su extensión interpretándola con nuestros propios dedos.

Felipe Banderas

Santiago, 20 de mayo de 1985.

VISITAR A LOS ENFERMOS

La abrumadora mayoría de sus sensaciones está diciendo lo
suyo.

Y a su turno, lo suyo es ese cuerpo rígido como un icono
del que fluyen y confluyen, gota a gota, aire y sangre,
sangre y aire.

Lo suyo es el desorden de las horas, la fecha que vivimos y no vive,
tensa noche de un perro guardián.

Cerraron la casa de los naranjos y los limoneros.

Frescas mugosidades revienen los dinteles.

¿Veremos al Cuerpo erguirse entre los suyos, abominar
del guiso de la noche, aterrorizar con insultos al cochero?

Las palabras que me guardo serán lo que sucede:

pregunta el pobre cuerpo en cada mueca, y a cada temblor de las
frazadas
aferra y suelta como un profeta el báculo tribal.

'La mano, dame la mano...' es lo que calla y adivino,
y lo que coge es el veredicto de un brazo que se niega.

Un florero abigarrado hiende el blancor reinante.

Se desentiende del ambiente un rezumarse de rosas.

Silencio, piden voces.

Nadie hable, por favor. Parece que rezara.

Y piensa el Cuerpo:

Habrá quedado sola la Casu de los Limoneros

*Ya oigo crujir las gruesas puertas, saltar
españoletas y aldabones a la premura del hierro.*

Silenciarán al perro a golpes de cadena,

se llevarán sólo monedas en desuso,

un botín de recuerdos de familia.

Aire enrarecido se respira a la hora en que el batir de la puerta
ha acallado los rumores.

Negro de humo y aceite mezclados a la brisa del trébol invernal

Se hacen blandos los muros como almohadas,

y empavonado la lechosidad

se aquieta el vidrio grumoso de la puerta del cancel.

El Cuerpo es aún alguien a quien algo sucede, aunque sólo en

lontananza
de su fuerzas.

No podría negarse a los signos salvadores.

El Enfermo está abrazándose a las estatuas heladas.

no hay enemigo eterno

EN las altas murallas de ladrillos
decrecen sombras y musgosidades.

Es ahora la caída de la tarde y se mudan la imagen y el sentido.

Agitados paseantes enfilan entramadas direcciones,

y en un mismo sentido es el Invierno que abandona su faena,

La tarde de por sí implanta desenlaces.

Es así: no hay enemigo eterno.

Decae el brazo del Invierno y en las antiguas mansiones

de un barrio enhollinado

está la hiedra irguiendo sordas reptaciones.

Estamos por lo que prosigue su curso al llamado general.

Anima de las estaciones, ¿quién podría hablar de traición?

Como en el Reloj de Sol, divinidad de los parques señoriales,

los días son sombras que se anudan a un vástago inmóvil.

Vuelve la Estación del Festín.

La realidad recobra su nivel constante.



MOSCAS

Vivíamos la tarde de un domingo abrumador.
Era Verano en el hemisferio que pisábamos, según el orden de los
astros.
Enredados en el ocio paseábamos de silla en silla a tropezones
Era Verano por la tarde y el resto del cuadro lo ponían
las moscas.

Había un Universo disperso por la pieza:
botellas vacías,
hojas de algún diario, un plumero impotente entregado al polvo,
y bostezando hasta quejarse ardía el aire por los cuatro costados:-

'No hay peor poema que el que no se escribe', me dije callado
gritándome al oído,
y lo único real, consistente en sí mismo, eran las moscas.
Muchas moscas, torpes moscas cayéndonos encima en arribos
sucesivos y despegues.

Ardía el aire por los cuatro costados y nos sobraba un par de
brazos,
estaban de más las piernas y todo el cuerpo era lujo inútil,
artículo suntuario adquirido a la fuerza
en virtud de la artimaña de un hábil vendedor.

Saltimbanquis del aire, trapevistas, migajas de un gran demonio
pulverizado,
esas tiernas sucias moscas, diminutos ídolos del asco universal.
No habíamos sobrevivido a nuestra fábula feroz:
un joven matrimonio derretido sobre el suelo, melaza pura
a merced de un día de verano, a merced de la estrategia
de las moscas.
Y era domingo como cien veces más fue domingo en los veranos
desde aquél día
y desde cada día en que el sol encendía el aire
y un zumbido tañía en los vidrios y crecía una inquietud
por todas partes.
Algo que desde afuera penetraba, un cierto líquido agresivo,
un licor cáustico que diluía la carne o la memoria
algo que le pasaba al tiempo no nos tenía conformes.

¿Quién detiene el cauce de las cosas y los hechos
en este punto, como un puente que se desploma,
mientras pasa el día mutilado arrastrando los miembros
trabajosamente?

No hay peor poema que el que no se escribe, me dije,
entretanto
la poesía rescataba a sus heridos de los dientes para adentro;
de los ojos para afuera lo único real eran las moscas.

EPITAFIO A UN TIRANO

*Paráfrasis de Juvenal, con perdón
del perro de epitafio latino*

Perro de mal augurio, *nunquam non latravit inepte*,
ladraste hasta a la sombra de tu madre,
diezmaste el rebaño y la jauría:
Callas ahora porque muerdes la tierra boca arriba
y vil presa eres del aullido de los miedos
que sembrabas.
En ésta tu noche térrea, ha, guardián de carne muerta,
no sabes cómo velar ya tus cenizas.



mercado de carnes



MEDIODIA de un Viernes y en el Mercado de Carnes
el agua se une en las aceras a la sangre
camino de las alcantarillas.
Mezclándose con todo, por los ojos,
luminosidades que ascienden por su luz,
y asciende el eco sucio de esa agua envilecida.
El resto es permanencia y prolongación.
Toda la ciudad de apacibles cadáveres colgantes,
oscila con sus oscilaciones
bajo un sol que surge nuevo de los colores que establece.
Esplendor de una mañana que hurga en los comestibles,
la carne inerte revive en la agilidad de los dedos
que la agitan
como piezas desmontadas de un puente herrumbroso.
Entonces un comercio de muecas y de voces
a golpes de compás del filo de las dagas:
en el mercado de carnes a esta hora
la luz y el fervor son el Orden Inmanente.
La muerte no se halla a ningún precio.

AJEDREZ

Antonius Block jugaba al ajedrez con la Muerte junto al mar sobre la arena salpicada de alfiles y caballos derrotados. Su escudero Juan, mientras tanto, contaba con los dedos las jugadas, sin saberlo, en la creencia de que lo que contaba eran peregrinos de una extraña caravana

(Y a mí que no me gusta el ajedrez sino en raras circunstancias. Yo, que pude luego de perder estruendosamente una partida beberme una botella con el ganador y sostenerle el puño en alto).

Pero Antonius Block sin duda era un eximio ajedrecista no obstante haber perdido el último partido de su vida. Antonius Block, quien volvía de las Cruzadas, no tuvo en cuenta que a Dios no le habría gustado el ajedrez aún cuando de veras hubiera algún día existido.

Afortunadamente todo esto sucedía en una sala de cine. El mundo en miniatura en tres metros cuadrados a lo más. Los otros personajes han pagado las consecuencias al terminar la función.

Sería bueno sostener ahora que el ajedrez está algo pasado de moda.

A pesar de la costumbre por los símbolos y de los cuadraditos blancos y negros irreconciliables en que se debate la vida a coletazos.



vestigio

E L carmín de la cortina filigranada de oro falso
y tras ella,

Comediantes Muertos.

proustiana

A BUELAS otoñales y las tías juveniles
en la calle que da acceso al Colegio para Niños.

Campanas invisibles de alguna catedral

les hicieron girar la cabeza

como si alguien las llamara

**o descubrieran que el tañido las hiciera a la mar de la memoria
de alguien que recuerda.**

Luego de la última campanada de la tarde

nos quedamos los únicos, Margarita La Rubia

y El Que Entonces Yo Era,

ambos, las manos entintadas, junto a la pileta del patio jardín.

**Es el caso que detrás de aquellos muros esperamos hasta lo absurdo
el paso del Verano.**

Han caído los años y su chapuceo de peces.

Seca o derruida la fuente del Cetrero,

y nosotros sin hablarnos.

Como sucede hasta este mismo día.

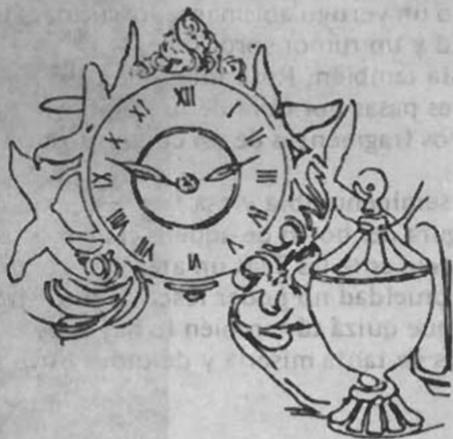
A ESTE LADO DE LA VERDAD

A este lado de la Verdad
donde me quedo a ver si nazco,
el Río, símbolo de nada,
zanja el fluyente rencor
de las piedras y del cieno,
trenza el limo su lechosidad
en la que cuaja el verdor de la
alimaña,
y yo, que digo un límite
para todo lo que repta, corre o pasa,
sueño un sueño en el que nombro
a las cosas por su muerte
y muerdo aquello que se agita
cual el filamento del limo
en el agua destrenzada,
así de limpia, así de pulcra,
puesto que aves ahí mismo vuelan
sus distintos vuelos,
helechos aguardan repetir su clave
y es posible que peces sobrenaden
a la emboscada del copioso desove.

Cuanto existe en este Lado
capaz de estertor o movimientos
se yergue, se entierra, encrespa o reaparece
a despecho de cualquier fiereza
en tanto el aire, el virginal, el cauto,
en mi boca despereza su espasmo de guadaña.

A este lado de la verdad, verdor y landas,
descorro yo la gasa pálida,
contemplo el estupor de lo que veo
como desde adentro de una pulsante llaga,
o es que veo que me miran mientras digo
lo que hago y callo lo que muerdo,
y es por eso esta apostura vergonzante
y es por eso, además, que ahora pasa
a grandes voces como el cortejo de un ajusticiado
toda esta agua indigna de su solemnidad,
que sopla una brisa de inocencia abyecta,
que rompe el pétalo la luz que vivifica
y desde el fondo de esa linfa de putrefacciones
—símbolo de todo cuanto pasa—
muerde el hongo a traición

su hueso algodoso,
y tanta calma, tanta,
(ahh, Realidad Espejeante)
que las palabras me van pesando
con la fuerza obtusa de un cerrojo,
herrumbrado.



orquestado angelus

SOBRE la altura de la terraza
el día se hizo inconsistente a causa del Otoño.

Se vio sin palparlas que las rojas baldosas del suelo abrigado
gradualmente perdieron la tibieza.

Ahora retiran el vino, recogen la migaja y la ceniza,
el mazo de naipes ingleses, las macetas.

Aunque en otro orden igualmente previsible
sucede que desmontan al concierto del ocaso
la Hora del Té de un Día Insubstantial.

Y mientras se establece la intemperie en el despoblado
que organizan,

serpenteante cancioncilla envuelve todo
serpenteante cancioncilla envuelve todo.

Pero no. Por cierto que no se vive de imágenes.
Aunque en la silla de playa de húmedo velamen
alguien flota, dormita
o estoy muerto, caballero en el atardecer.

PERPETRACION

Mal está que te haya olvidado, Rosa Inés.
El recuerdo no redime a nadie de nada.
Los ávidos adolescentes que fuimos rondábamos tu cuarto
en el patio de las criadas.

El sexo un vértigo abismante, oscuridad de oscuridades,
una sed y un rumor sordos.

Mal está también, Rosa Inés, que después de tantos años
de ti ves pasar por obra de tu nombre
fugitivos fragmentos de un cuerpo sorprendido, miembros
dislocados

por la semipenumbra y esa fiebre que un día te acechara.
Amargura del botín de aquella noche, Rosa Inés,
tu silencio ante las Tías un aterrado cómplice.
Doble crueldad no poder rescatar tu rostro
ahora que quizá tú también lo hayas perdido en tu recuerdo.
después de tanta miseria y de todos estos años.

